

Guillermo FERNÁNDEZ ORTIZ, *Jovellanos en los archivos: el patrimonio documental al servicio de la nación*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ediciones Trea, 2023, 199 págs.

Hasta la publicación de este libro de Guillermo Fernández Ortiz, paleógrafo de la Universidad de Oviedo y colaborador del proyecto editorial de las obras completas de Benito Jerónimo Feijoo reemprendido en 2014 por el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, la faceta erudita de Gaspar Melchor de Jovellanos se había estudiado principalmente en *Las lecturas de Jovellanos (Ensayo de reconstitución de su biblioteca)* (Oviedo, IDEA, 1980), de Jean-Pierre Clément, o en *La biblioteca de Jovellanos (1778)* (Madrid, CSIC, 1984), obra del bibliografista más autorizado del dieciochismo hispánico, Francisco Aguilar Piñal; esto, al margen de los repertorios históricos de Julio Somoza y de Carlos González de Posada, y, claro está, además de la prolija anotación de las obras completas de Jovellanos iniciadas por José Miguel Caso González bajo el auspicio del mismo Instituto ovetense.

Estos aportes iniciales al conocimiento de las bases materiales de la erudición de Jovellanos tienen en común su carácter instrumental para los estudios biográficos o el análisis de la obra del polígrafo gijonés. Acaso por ello, dichos estudios suelen detenerse en el libro y la lectura como nutrimento básico de la obra jovellanista. Sin embargo, el espíritu ilustrado de Jovellanos remontaba todo conocimiento humanístico al necesario examen crítico de las fuentes; de ahí que el archivo fuera el taller básico de su tarea intelectual y política: la selección, la catalogación y la interpretación de los documentos primarios era el fundamento inexcusable al que debía acudir —e incluso al que debía volverse, por no conceder automáticamente la validez de las observaciones pretéritas— a fin de garantizar la veracidad y por lo tanto la utilidad y probidad de cualquier conocimiento histórico.



El presente estudio es, de este modo, no solo pionero, sino necesario. El estudio de Fernández Ortiz no solo será provechoso para los estudios jovellanistas sino también para la historia de los archivos y las colecciones diplomáticas en España, pues tanto el siglo XVIII como la labor a propósito del polígrafo asturiano constituyen un hito importante en la reforma y evolución de la archivística en el país. Así, el muy riguroso estudioso de Fernández Ortiz no solo responde a la divisa general que pudiera ser *el archivo de Jovellanos*, sino a la más puntual *Jovellanos en el archivo*. En efecto, no se limita a describir y caracterizar el discontinuo depósito personal que Jovino fue acumulando en su vida o a narrar las vicisitudes de sus numerosas pesquisas, sino que se extiende con gran detalle sobre el programa que guio su establecimiento, esto es, la reflexión previa que animó la tarea y las propuestas generales que permitirían continuarla y emprender otras a imitación suya. En este empeño, Jovino consumió una cantidad insospechada de tiempo, energía y recursos, para convertirse en uno de los patronos tanto de la archivística como de la archivología modernas en España.

El libro de Fernández Ortiz, en sí mismo una lección práctica de orden y sistema en la definición de sus objetivos, no ofrece ningún aporte radicalmente nuevo al conocimiento que se tenía de la vida y obra de Jovellanos, pero sí sesga y reordena novedosamente un gran caudal de datos que permite arrojar nueva luz sobre la trascendencia de la reflexión teórica y la actividad práctica de Jovellanos en los archivos. Para ello, comienza con el relato de sus incansables andanzas por los archivos de casi toda España, seguimiento que en algunos tramos vitales llega a ser pormenorizado gracias al registro de estas tareas en sus diarios.

Desde el primero de los tres capítulos en que se organiza, el libro contextualiza la labor archivística de Jovellanos en el proyecto ilustrado que ponía la erudición al servicio del estado, tanto en sus funciones ancilares para la administración, la política y la economía como para el control del discurso cultural de la nación. Aquí, algún lector interesado puede echar en falta una justificación del auge de la archivística moderna no solo en el reformismo ilustrado sino en la nueva historia crítica que recorría Europa de la mano de Jean de Mabillon y de los monjes maurinos; pero el mismo carácter versado de tal lector excusará la precisión. Porque, lo que es más novedoso e interesante, con celo verdaderamente puntilloso Fernández Ortiz rastrea en los diarios y la correspondencia de Jovellanos y en los testimonios de su círculo de allegados (Sampil y González de Posada, entre otros) toda referencia hecha a sus visitas a archivos públicos y privados, lo que el autor denomina «las correrías archivísticas» de Jovellanos. El volumen y la frecuencia de los datos y la actividad infatigable que se revelan gracias a este sesgo analítico son abrumadores, y deben sorprender incluso a los especialistas en la figura del prócer gijonés. Menos sorprenderá la generosidad

con que después el mismo Jovellanos ponía los materiales que había adquirido, copiado o mandado copiar a disposición de cuantos amigos y curiosos los necesitaran.

El segundo capítulo se detiene en la descripción de su colección personal, o lo que es lo mismo, de la práctica archivística inmediata de Jovellanos. Se observa en él que la partición esencial de los intereses jovinistas no se establecía entre los depósitos públicos y los privados, sino entre la utilidad general o privativa de los testimonios acopiados. Así, sobresale el volumen de fueros reunidos o copiados en su colección, fruto de sus visitas a archivos de cabildos municipales, junto con la presencia de tumbos y becerros de diferentes casas de religión. Una mención separada merece la Colección Asturias, destinada a surtir de fuentes documentales la historia de Asturias que largamente había ideado, sin que llegara a ver la luz. En todas estas secciones del archivo personal sobresale el crítico sobre el erudito o coleccionista, en el afán de Jovellanos por expurgar todo lo necesario sin temor a deshacerse de lo demostrado falso o adulterado.

El tercer capítulo, «Instrucciones y ordenanzas. El archivo histórico y el archivo administrativo» está dedicado a lo que podríamos reunir bajo el rótulo de una *teoría del archivo en Jovellanos*, y que describe sus aportaciones a la ordenación de varios archivos privados, bajo la forma de todas las instrucciones y reglamentos que varias instituciones nobiliarias, militares o religiosas le encomendaron. El conjunto de esas instrucciones prácticas permite esbozar esa archivología jovinista. Se desprende así de sus reglamentos para los archivos dependientes del Consejo de las Órdenes, entre ellos los de los depósitos de San Marcos (León) y Uclés (Cuenca) de la Orden de Santiago, y, de forma muy destacada, el reglamento de la de Calatrava, a la que él mismo pertenecía. No podía faltar en esta lista el archivo del Real Instituto de Náutica y Mineralogía, institución educativa que Jovellanos instaló en Gijón y en la que había de volcar todo su optimismo cívico a la vez que su realismo político. El archivo de la institución, por su propia naturaleza y en tanto que el proyecto más personal de Jovellanos, es muestra coherente de su teoría y práctica de la naturaleza, organización y funciones de todo acervo documental.

Sirva este valioso libro como evidencia de un probable signo de los tiempos en los estudios humanísticos, si la poca distancia con que los observamos no nos engaña: la historiografía viene de atravesar un largo interregno fuera de los archivos, después de que las teorías de la Escuela de *Annales* o el neomarxismo de la *nouvelle histoire* formularan su despego del documento, como elemento de poder de las clases letradas que imponía una visión restrictiva de la realidad histórica, y después de que Jacques Derrida señalara el «mal de archivo» como la inercia viciosa de unos estudios históricos que los estudios culturales estaban

llamados a superar. Pero el archivo, revelador ahora tanto de su contenido como de su propio continente y aun de la mano que puso aquel en este, vuelve a reclamar a los investigadores. No solo porque en él todavía quedaba mucho por descubrir, sino porque haber olvidado obliga a veces a regresar sobre lo ya visto tiempo atrás, lo que hace que, en el archivo, encontrar vuelva a ser descubrir.

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ